

David Carr, Thomas R. Flynn y Rudolph Makkreel (eds.), *The Ethics of History*. Evanston: Northwestern University Press, 2004, 263 pp.

Javier Buenrostro

Esta compilación de ensayos presentados durante una serie de conferencias en 1988 busca exponer los distintos puntos de intersección entre la historia y la ética. O para ser más preciso, cuáles son los principios éticos que deben regir el trabajo del historiador en los albores de este siglo. La ética, que parece estar más asociada a disciplinas como la filosofía y la teología, ha retomado importancia para la historia y los historiadores en últimas fechas debido principalmente a los retos que representa la historiografía posmoderna: su relativismo, su postura antifundacional y el acento que pone en la narratividad del relato histórico.

A pesar que ya desde el siglo XVIII empieza una clara imbricación entre el acontecimiento histórico (*res gestae*) y el discurso que se gesta sobre dicho acontecimiento (*historia rerum gestarum*)¹ es en la década de los sesenta cuando los

trabajos de W. B. Gallie, (*Philosophy and the Historical Understanding*, 1964), Louis O. Mink (*The Autonomy of Historical Understanding*, 1965) y Roland Barthes (*Le discours de l'histoire*, 1967) destacan las semejanzas entre el relato histórico y el de ficción (como la imaginación o los recursos estilísticos), por lo que muchos historiadores consideran que el narrativismo mina las pretensiones de verdad y conocimiento de la disciplina histórica.

Una de las dos principales problemáticas (ver el capítulo de Jörn Rusen) que abordan los ensayos de *The Ethics of History*, es el tratar de reconciliar al historiador con uno de los principales objetivos de la disciplina: la búsqueda de la verdad. Desde la Antigüedad, Luciano pedía a los historiadores contar las cosas tal como sucedieron, y esa misma será la máxima rankeana casi 2,000 años después. La verdad siempre ha sido un objetivo en la tarea del historiador. Ése es el primer compromiso ético del historiador: no distorsionar ni falsear sucesos de manera intencional. Sin embargo, hoy la verdad no es de naturaleza *quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est* (lo que es creído por todos, siempre, en cualquier lugar). Hoy en día no se aspira a una verdad absoluta, al estilo de la teodicea hegeliana. La aspiración es mucho más modesta y más real: decir lo más cierto posible que podamos con la información o las evidencias que tenemos a mano.

¹ Para un análisis mayor sobre este tópico se pueden ver los trabajos de Reinhart Koselleck, principalmente *Historia-historia*, Madrid, Trotta, 2004. En la historiografía mexicana (hispana habría que decir) es referente y pionero el escrito de José Gaos, "Notas sobre la historiografía," *Historia Mexicana*, Vol. IX, No. 4 (abril-junio 1960).

Esta es la primera limitación objetiva a la subjetividad del historiador: la evidencia, el dato, el archivo. No podemos ignorar ni el dato duro ni nuestras fuentes primarias, que pueden estar en los archivos o en otros vestigios materiales.

¿Acaso esto lo ignoran la historiografía posmoderna y los historiadores que ponen el acento en la narración? No parece ser así. Hayden White, uno de los principales historiadores sobre la teoría narrativa en la actualidad, jamás ha sostenido que todo es lenguaje o discurso, tampoco que el pasado *per se* no ocurrió ni que las huellas del ayer no sean accesibles mediante los archivos. Incluso él mismo ha trabajado sobre la época medieval en distintos archivos. Estos pueden ser la base para el discurso histórico, pero el historiador es quien se apropia de ellos.² Lo que interesa a White, y a otros teóricos en su línea, es cómo un mismo fenómeno –bien documentado– da origen a distintas narrativas. No se inventan dos historias: la narración de los acontecimientos es diferente según ciertos criterios de interpretación. La mayoría de las veces, estas narraciones ni siquiera son excluyentes o contra-

dictorias entre sí, sino complementarias. Solamente en casos extremos un acontecimiento puede producir recuentos diferentes y a la vez irreconciliables.

Dicho esto, se desprende que el pasado *per se* no es imaginado en el sentido de que ello no haya ocurrido. Un acontecimiento (la independencia de India o México, la caída de las Torres Gemelas o la declaración del Estado de Israel) son hechos que ocurrieron históricamente. Pero estos acontecimientos son una ficción respecto de los significados y las comprensiones históricas. Esta es la ficcionalización de la historia (la producción de la Mimesis 2 de acuerdo a Paul Ricoeur). “Una teoría de cómo se produce y no de cómo se descubre el significado”, dice Keith Jenkins sobre White.³ La interpretación del acontecimiento siempre ha formado parte de la subjetividad del historiador: ¿qué no acaso siempre se ha señalado esta diferencia entre Herodoto y Tucídides cuando se afirma la mayor calidad interpretativa del segundo?

Pero es obvio que la interpretación tiene fronteras. Ésa es la objetividad y el compromiso del que habla, por ejemplo, Allan Megill en su aportación a esta compilación. La ficción de la historia tiene límites claros y definidos. Así, la ética

² Incluso el archivo histórico es *ya* una producción de documentos muchas veces de carácter subjetivo. Sobre la subjetividad del documento histórico y el archivo se puede ver: Michel Rolph-Trouillot, *Silencing the Past. Power and the Production of History*. Boston, Beacon Press, 1995.

³ Keith Jenkins, *¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad*. México, FCE, 2006. p.204

del historiador, la ética que le demanda su disciplina, le conmina a intentar exponer con exactitud los acontecimientos. Si la subjetividad está presente en la interpretación del hecho, o incluso en la producción del archivo, entonces tiene su límite en el acontecimiento. Nadie en su sano juicio podría negar Auschwitz o las peregrinaciones de la muerte de los armenios en el Imperio Otomano. Nadie puede negar la llegada de Colón a las nuevas tierras en 1492. La creación del Estado de Israel es una verdad histórica. Pero la interpretación de esos hechos, el significado de cada uno de los acontecimientos, está abierto.

La ética del historiador para con su disciplina y el compromiso con ser veraz en su descripción de la realidad pasada, tiene su complemento con el compromiso moral que tenemos con los otros. Esta es la doble orientación en la labor historiográfica de la que nos habla en su artículo Edith Wyschrogod: *“an eros for the past and an ardor for the others in whose name there is a felt urgency to speak.[...] Such a historian assumes liability for the Other, feels sure of an Ethics that is prior to the exercise of historical judgment that dissolves the system of signifiers that constitute the articulation of historical narrative, one whose narrative is governed by a promise to provide voice to the dead others”* (p.30).

Si no existe ese compromiso moral con el otro (muerto o vivo), la escritura

de la historia se convierte simplemente en voyeurismo, como afirma John Caputo en su ensayo sobre Emmanuel Levinas. La historia se vuelve inútil sin su compromiso con el otro. “El conocimiento por el conocimiento mismo: la última trampa que nos tiende la moral”, dice Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*. La historia por la historia misma es algo que no se justifica moralmente. La responsabilidad del historiador es buscar la verdad de la mano de la justicia; buscar el conocimiento de la mano de lo ético. Así, la historia puede convertirse en un bálsamo que ayuda a curar heridas. Es una forma exigua de justicia: pero a veces es lo mejor que tenemos para ofrecerle a los muertos. Eso y el compromiso de no tropezar con las mismas piedras. No se debe hacer la memoria del odio o la genealogía del resentimiento, sino simplemente recordar que hay cosas (genocidios, injusticias, despojos) que no debemos permitir que sucedan de nuevo. La historia puede ser una plegaria al futuro; la base que nos permita aprender de nuestros errores como grupo y que nos ayude a la construcción de sociedades más libres, horizontales, democráticas y tolerantes.

No obstante que el historiador es una figura retraída (lee en soledad mientras va al archivo y escribe en la misma condición), el resultado de su trabajo es completamente social. Pone su labor al

escrutinio público mientras moldea una imagen de pasado con repercusiones en la identidad colectiva actual y futura. Por eso la disciplina tiene un alto compromiso ético. Se lo exige la actividad misma y se lo demandan los otros seres humanos para quienes realiza sus investigaciones. Los otros que son ausencias (muertos y tiempos idos) y presencias (colegas, lectores). “Siempre por y para los otros”, debería repetirse el historiador si no quiere caer en el solipsismo tan propio de la torre de marfil y del voyeurismo por tiempos lejanos.

Este *eros* por la disciplina y el ardor por los otros están presente a lo largo de los trabajos de *The Ethics of History*. Frank Ankersmit, Allan Megill, Arthur C. Danto y David Carr discuten acerca de los límites del historiador, de la disciplina y de la teoría narrativa. Edith Wyschogod y John D. Caputo hablan sobre el compromiso ético del historiador con los muertos, mientras vuelven a pensar en algunas de las tesis de Emmanuel Levinas y Jacques Derrida. En un ensayo escrito poco antes de morir, Jean-François Lyotard analiza el papel que juega la memoria en las *Confesiones* de San Agustín. Joseph Margolis busca rescatar la objetividad histórica pero rechazando el objetivismo por esencialista y fundamentalista, para lo que utiliza la lectura del Wittgenstein post-*Tractatus*. Jörn Rusen aborda en su ensayo las re-

glas metodológicas que se deben satisfacer en la investigación sin descuidar la responsabilidad social que tiene el historiador. Rudolph Makkreel, en un corto pero persuasivo texto, nos habla de la ética en la hermenéutica y de las formas en que la concibieron Schleiermacher y Dilthey. Thomas Flynn hace una lectura de Jean-Paul Sartre y sus escritos sobre la “literatura comprometida” para permitirse analogías entre ésta y una “historia comprometida” en el modo sartreano. Esta compilación que se pregunta por la objetividad del historiador, responde con una serie de escritos de distintas posturas sobre la ética de la disciplina y de la interacción entre historiador y el elemento imprescindible de su estudio: la vida de otros seres humanos en el pasado.

Así es como la historiografía contemporánea ha propiciado narrativas como las las historias poscolonialistas y las de las mujeres; las de los homosexuales o los de los inicios por la libertad de los derechos civiles en distintas partes del mundo; las de los locos o los presos. Es el intento de dar voz a actores que han estado en silencio por mucho tiempo. Esta es la tarea del historiador en la actualidad: privilegiar el conocimiento con base en principios de ética y justicia sobre las ideologías chauvinistas. La historia y el conocimiento que produce, como dice Foucault, tienen que estar

ligados tanto (o más) con la justicia como con la verdad.

Aunque siempre se puede objetar: ¿justicia y verdad para quién?

Ksenija Bilbija, Cynthia Milton, E. et al., *The Art of Truth-Telling About Authoritarian Rule*. Wisconsin: The University of Wisconsin Press, 2005.

Beatriz Martínez Saavedra

“Lo que las artes pueden hacer (bajo el autoritarismo) es construir imágenes por diversos medios para exponer la naturaleza de la tiranía...” (p. 24). *The Art of Truth-Telling About Authoritarian Rule* explora cómo se contesta a la opresión desde los contextos de dictadura e intolerancia a través de una gama de manifestaciones artísticas y sociales, las cuales apuntan no sólo a mostrar y denunciar la naturaleza de las agresiones, sino también a buscar maneras de paliar el dolor por las pérdidas y a demandar justicia y, en algunos casos, reconciliación. La narración de historias —ya sean anécdotas personales o trabajos literarios formales, como la novela—, las protestas públicas, la pintura, la música, la escultura, el cine, la arquitectura y los monumentos, el baile, la caricatura y el *performance* son algunas de las dimensiones en las que reverberan las atrocidades cometidas por

regímenes autoritarios en contra de sus poblaciones, y que permiten mostrar y mantener viva la memoria de hechos que han ocurrido y no debieran repetirse.

En un nivel mucho más a la mano, la necesidad de relatar la tragedia es un aspecto palmario y vital tanto en las víctimas como en los seres cercanos a ellas. Contar es liberar lo ocurrido, es socializarlo en aras de no estar sólo en la experiencia traumática. Tiene, además, rasgos terapéuticos que amainan la dolencia, pero que también la renuevan con cada recuento de la misma. Y es que la creación de historias en torno al hecho conlleva dilucidar lo ocurrido por medio de la identificación, de nombrar actos y personas que ayuden a borrar lo difuso, lo incomprensible (p. 13). Así, las historias de la represión se narran por la madre que perdió a su hijo en la masacre *thai* de 1976: una muerte que no pudo corroborar sino hasta 20 años después porque ninguno de los amigos del joven se atrevió en su momento a darle la desafortunada noticia; por la mujer que varios años más tarde rememora los disparos sufridos a manos de un francotirador en la guerra de Sarajevo; o por algún exconvicto de Sudáfrica víctima del régimen del apartheid que ahora da visitas guiadas en la cárcel que lo mantuvo preso.

Sin embargo, las narraciones de la violencia no se llevan a cabo necesaria-

mente en una sola voz: por el contrario, existen sujetos colectivos con historias entrelazadas y heridas comunes que en el ánimo de comprensión, para sí mismos y para los demás, comparten sus historias clamando por un poco o un mucho de empatía. Acaso un ejemplo que ilustra claramente esto es el de las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo, quienes cada jueves se congregan para reclamar justicia para sus seres muertos y desaparecidos durante la dictadura en Argentina. O bien el caso de las mujeres de la comunidad indígena Q'eqchi' en Guatemala, que comparten el sufrimiento de la pérdida por la matanza de Panzós perpetrada por los militares, pero también el goce de recuperar a sus muertos tras el trabajo de la fundación de antropología forense de Guatemala, momento de júbilo que a su vez es socializado con propios y extraños en los rituales de enterramiento consumados dos décadas tras la matanza.

Asimismo, los caminos para socializar las historias, las demandas, la informalidad, son tantos como la creatividad lo permite: la banda de hip hop Beogradski Sindikat (Cooperativa Belgrado) muestra su irritación señalando todo lo que le parece cuestionable en el gobierno postautoritario serbio que no da visos de respetabilidad moral, sumido como está en el fango de la corrupción. Aunado a la música, el cine también permite colec-

tivizar historias y hacer partícipes del dolor y la indignación a personas que de primera mano no estuvieron involucrados en los sucesos traumáticos que se relatan. Así, películas y documentales como *Enrique ha vuelto* (Silvio Caiozzi, 1998) o *Garage Olimpo* (Marco Bechis, 1999) abordan, respectivamente, lo que experimentan los familiares y amigos de un joven desaparecido durante 25 años al ser hallado su cadáver e identificado luego de ese tiempo, y la brutalidad de la violencia contra jóvenes detenidos por los cuerpos represivos de la dictadura argentina.

Oralidad, literatura, música, cine, pintura, caricatura, *performance*, protestas y baile, decíamos, son algunas de las expresiones que dan salida al recuento de los hechos, dolorosos, terribles, traumáticos, que pese a todo se busca preservar, y se recuerdan incluso a través de narrativas objetivadas como las arpilleras de Chile, que bajo la forma de tapicería hacen explícitos los horrores de la dictadura y denuncian la violación de los derechos humanos. Pero, ¿qué hay en la persistencia de narrar historias del trauma? De manera evidente, la experiencia de mostrar y narrar los hechos está estrechamente relacionada con la búsqueda de la verdad. Para las víctimas de la represión, en particular, las historias oficiales no satisfacen, no sacian la necesidad de saber lo que ocurrió a sus seres

queridos. “Las verdades son artefactos políticos que emanan de situaciones históricas y de negociaciones” (p. 26), y los deudos de las víctimas buscan negociar la verdad oficial, dar una verdad alternativa a la del Estado, que no despeja dudas y sí deja grandes huecos en las explicaciones y en los momentos de hacer justicia.

Un espacio donde se desarrollan más las tensiones en la configuración de la verdad es en los memoriales, en los que hay una autorización, tácita o abierta, de la versión oficial que ha de mostrarse de los hechos; por eso, por ejemplo, las mujeres de Guguleto, Sudáfrica, salen al paso de los guías que llevan a los turistas al lugar donde existe un monumento que conmemora el asesinato de siete niños durante el régimen del apartheid, y que para ellas no representa la memoria de los hechos por no ser el sitio preciso en donde se cometió el crimen. No se trata de un intento por una precisión fáctica simplista, sino que en el fondo el definir la ubicación que ellas consideran correcta, es una manera de confrontar la versión oficialista con la propia, que no puede difundirse a falta de los recursos que sí posee el gobierno.

Acaso una manera de recontar los hechos que más llama la atención es la promoción del turismo de la tragedia o del trauma, o bien los “tours de la me-

moria” (p. 101), en los que se lleva a los visitantes a lugares solemnes, conmemorativos, en los que se promueve experimentar algunas de las dificultades de personas que fueron víctimas de la violencia. Como en Timor Oriental, donde es posible que los visitantes paguen una noche de estancia en prisión. Tours que, por su parte, parecen ya estar incorporados a la narrativa del Estado sobre la violencia.

Por otro lado, ni siquiera se puede tener la garantía de que haya la voluntad de dar una versión oficial de los hechos: a veces sólo se acude al silencio, al dejar pasar. Así, los lugares que atestiguaron hechos terribles simplemente se dejan al desgaste del tiempo, al olvido, como en el caso del edificio Steve Biko, que lleva el nombre del líder del movimiento Black Consciousness, asesinado en ese lugar que, ahora, transformado en biblioteca y alojamiento para estudiantes, no conserva rastro de los hechos ahí acontecidos (p. 54); en contraste, la figura de Cecil Rhodes, fundador de la Sudáfrica blanca, destaca en la cima de una montaña en ciudad del Cabo, (p. 99).

Entonces, se origina necesariamente la problemática de cómo mantener la memoria, que a través de los buenos oficios gubernamentales se trata de modificar, en el mejor de los casos, o en el peor, de borrar. Por eso, los colectivos

que comparten o no heridas comunes se dan a la tarea no sólo de preservar vivos los hechos traumáticos, sino de buscar justicia ante sistemas que no dan salida a sus demandas. Los “escraches” en Argentina surgen de la indignación ante la impunidad y, ante ello, tienen como objetivo exponer públicamente al “escrachado”, que es alguno de los individuos que participó activamente en la dinámica de terror de la dictadura y que al ser desenmascarado queda juzgado y condenado por la sociedad.

Es así como a grandes rasgos la obra explora diversos países –Chile, Argentina, Tailandia, Guatemala, Sudáfrica y Nigeria, entre otros–, que tienen como común denominador haber sido o ser contextos de regímenes autoritarios y represivos. Los autores exponen las diversas formas de asimilación y apropiación de las experiencias traumáticas y la forma en que sus protagonistas y deudos dan salida a sus frustraciones y cicatrices por las pérdidas, así como su búsqueda por la verdad ante sucesos incomprensibles en su violencia. Y aunque es innegable la existencia de los múltiples lenguajes utilizados en la socialización de la experiencia, también es cierto que el recontar las historias se transforma, al materializarse a través del cine, la narrativa, la pintura o la oralidad, en un intento de evitar la repetición funesta de actos delesnables.

Philip Marsden, *The Crossing Place: A Journey Among the Armenians*. Nueva York: HarperCollins, 1993, 288 pp.

Elizabeth Flores

The Crossing Place. A Journey Among the Armenians (Kodansha America, 1995), es el recuento de la travesía que Philip Marsden, antropólogo, ensayista y novelista inglés nacido en 1961, realiza desde los lugares más lejanos de la diáspora armenia y hacia el corazón de lo que fuera el primer Estado cristiano del mundo. Marsden está dispuesto a escuchar las voces de un mundo hasta entonces desconocido para él y, gracias a su conmovedora narrativa, el lector realiza el mismo viaje. Y los mismos aterradoros descubrimientos.

El libro de Marsden, ensayo y crónica de viaje sobre la búsqueda del espíritu de la identidad armenia, constituye un desplazamiento hacia el corazón físico y emocional de dicha nación. La prosa intensa y fluida del autor relata las experiencias de un viaje que lo llevó a cruzar 17 fronteras, muchas veces enfrentando peligros y evadiendo las complejas restricciones de la zona, hasta llegar al centro de lo que en la introducción se define como la *nación* armenia. El libro, en palabras de Peter Sourian, autor de la introducción, es “una fascinante historia de

detectives, con una vuelta de tuerca: desde el principio está al descubierto la identidad de los perpetradores, junto con los cadáveres; uno está, por lo tanto, a la búsqueda del espíritu, que es lo que permanece. También, [...] es la historia de una búsqueda a la usanza de los caballeros, conmovedora por su nobleza, y una que requirió coraje, tenacidad, sensibilidad”.

La prosa de Marsden, ensayista consumado y autor de al menos media docena de libros, lleva de la mano al lector por un camino alucinante, tanto físico como emocional, hasta la esencia misma de Armenia, en busca de la respuesta a un misterio que persigue al autor desde el preludio: “En realidad (los armenios) no tendrían por qué existir. Tendrían que haber sido destruidos, borrados de la historia en medio de los peores horrores. Pero han sobrevivido”.

Marsden cuenta, además, con la ventaja de no compartir el origen de sus sujetos, lo que dota a su pluma de una sana distancia en un tema que, aún hoy, a casi cien años de ocurrido el genocidio perpetrado por el Imperio Turco Otomano, sigue siendo polémico.

Las preguntas que surgen a partir de una caminata por la planicie anatólica lo conducen en un largo periplo en búsqueda de los evasivos rasgos que permean a este pueblo, aún en la diáspora. Enclavado en el lugar de paso de la re-

gión más transitada, y codiciada, entre Oriente y Occidente, el pueblo armenio se volvió un problema, una molestia, para los múltiples imperios que anhelaban poseer su territorio: los medos, los persas, los griegos de Alejandro, los romanos, Bizancio, los georgianos, los sirios, los árabes, los mongoles, los rusos y los turcos otomanos.

El trágico destino de este pueblo armenio, perseguido, denostado, y casi borrado de los libros de historia, fascina al autor, quien, en lugar de respuestas, termina encontrando más interrogantes. La búsqueda, la persecución, podría decirse, que hace el escritor, lo lleva a una cacería, a una suerte de ansia por entender. Un anhelo que, al final, quedará sin cumplirse, ya que no es sólo el autor quien está en constante movimiento: su tema también se transforma, como si se tratara de armar un rompecabezas cuyas piezas están repartidas en cinco continentes, y cuyo plano se perdió hace más de mil años, cuando los turcos destruyeron la maravillosa catedral de Ani, en 1064.

Los armenios, dice Marsden, se leen como una suerte de subtexto a través de la historia. El famoso monte Ararat, lugar en el que supuestamente encalló el arca de Noé tras el diluvio, continúa siendo el símbolo de la identidad armenia, a pesar de encontrarse en territorio turco desde 1071. Nabucodonosor IV, último rey de Babilonia, fue en realidad un

armenio de nombre Arakha que aseguraba, falsamente, ser hijo de Nabonides. El primer café parisino era propiedad de un armenio. La madre del campeón de ajedrez Garry Kasparov era armenia. El padrino de boda de Ricardo Corazón de León era un príncipe armenio. La tinta verde que se usa en los dólares estadounidenses fue creada por un armenio. Fue Abel Aghanbekyan, un armenio, quien sentó las bases de la Perestroika. Gabriel Arkadyevich Ureklyan, mejor conocido como G. El-Registán, fue el poeta coautor del himno de la Unión Soviética. Uno de los fundadores del expresionismo abstracto, Arshile Gorky (neé Vosdanig Adoyan), fue de los pocos sobrevivientes de las masacres de Van. El famoso Dr. Jack Kevorkian, de origen armenio, mejor conocido como el Dr. Muerte, fue uno de los primeros médicos en respaldar y aplicar el derecho de todo paciente terminal a decidir el momento de su muerte vía la eutanasia, bajo la consigna “Morir no es un crimen”.

El libro comienza con una visita al monasterio de San Lazzaro en Venecia (enclave armenio previo al auge de la ciudad en el siglo 12), en donde se guardan algunos de los escritos del patriarca y santo Mesrop Mashdot, creador del alfabeto armenio y del georgiano. De ahí, Marsden continúa hacia el Líbano a través de Chipre, luego hacia Beirut para finalmente llegar a Siria, en donde,

en palabras de algunos sobrevivientes, leemos los testimonios de la crueldad de los turcos durante las marchas de la muerte. El viaje sigue hacia Turquía, las ruinas de Ani y Estambul, donde el genio armenio se muestra en su mayor esplendor: en la construcción de templos y palacios. La segunda parte del libro nos lleva a los Balcanes, Bulgaria y Rumania, siempre siguiendo una pista muy evasiva, casi perdida. A través de Crimea, Marsden llega finalmente a Armenia, donde todo comenzó.

Al terminar el último capítulo, hay un momento en que es posible entender las enigmáticas palabras del escritor Michael J Arlen, hijo de un armenio desplazado:

“En ese momento me di cuenta de que ser armenio, haber vivido como armenio, era haberse convertido en algo desquiciado, no loco en el sentido coloquial de la palabra, de extraño, o adorablemente excéntrico... ni siquiera loco en el sentido clínico del término. Sino loco: trastornado, esa cosa profunda –en las profundidades del alma humana–, donde ésta se tuerce y gira”.

Aunque la sensación sólo dura un momento. Y el viaje no termina. ❧

DOSSIER

Carlos Bazdresch P.

Maestro en Economía por la Universidad de Harvard, es profesor-investigador de la División de Economía del CIDE. Varios de sus ensayos sobre la crisis en México figuran en la serie *Lecturas de El Trimestre Económico* publicadas por el FCE.

Gustavo A. Del Angel Mobarak

Historiador por la Universidad de Stanford, es profesor-investigador de la División de Economía del CIDE y miembro del nivel I del SNI. Ha colaborado con dos capítulos sobre la banca en la *Encyclopedia of Latin American History and Culture*.

Fausto Hernández Trillo

Doctor en economía por la Universidad del Estado de Ohio, EUA, es profesor-investigador de la División de Economía del CIDE y director de la revista *El Trimestre Económico*. Es autor, otros libros sobre finanzas públicas y privadas, de *La economía de la deuda: lecciones desde México* (FCE).

Carlos Marichal

Profesor-investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Su libro más reciente es *Bankruptcy of Empire: Mexican Silver and the Wars between Spain, Britain and France, 1763-1810* (Cambridge University Press, 2007). También es autor de *Historia de la deuda externa de América Latina* (Madrid:Alianza Editorial, 1989).

Cofundador de la Asociación Mexicana de Historia Económica, de la que ha sido presidente (2001-2004).

COINCIDENCIAS Y DIVERGENCIAS

Joseph Hodara

Sociólogo e internacionalista, es catedrático de la Universidad Bar Ilan, Israel.

NOTAS Y DIÁLOGOS

Carlos Antaramián

Antropólogo por la UAM, escribió una tesis doctoral sobre la diáspora armenia en México.

Philip Marsden

Escritor y viajero inglés, es autor de *The Crossing Place: A Journey Among the Armenians* y *The Spirit-Wrestlers: A Russian Journey*.

VENTANA AL MUNDO

Rafael Juárez Sarasqueta

Escritor uruguayo, es autor de *Cueros de culebra* y colaborador de diversos medios impresos mexicanos.

Matilde Souto Mantecón

Doctora en Historia por El Colegio de México. Actualmente es profesora-investigadora del Instituto Mora y catedrática del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es autora de *Mar abierto. El Consulado de Veracruz en el ocaso del sistema imperial*.

LA DIVISIÓN DE HISTORIA DEL CIDE
Y LA UNIVERSIDAD PANAMERICANA INVITAN
AL COLOQUIO INTERNACIONAL

Las naciones frente al conflicto religioso en México (1926-1929)

Tendrá lugar del 8 al 10 de julio de 2009
en el CIDE y en la Universidad Panamericana,
en la ciudad de México



UNIVERSIDAD
PANAMERICANA



CIDE

Información: diana.gonzalez@cide.edu

PUNTOS DE VENTA

COLECCIÓN COMPLETA

Casa Refugio Citlaltépetl y Sala Margolín, México, D.F.

DEL NÚMERO 24 EN ADELANTE

EN EL DF: Librerías del Fondo de Cultura Económica (FCE),
librerías Gandhi, Péndulo de la Condesa, Siglo XXI Editores,
Librería Madero, Casa Juan Pablos, La Jornada Cuauhtémoc y
Álvaro Obregón, librerías Educal.

EN EL INTERIOR DE LA REPÚBLICA:

Ganco de Xalapa, librería de la Universidad Autónoma de
Aguascalientes, librería de la Universidad Autónoma de Chiapas, librerías
del FCE de Monterrey y Guadalajara, librerías Educal de Campeche,
Carrillo Puerto, Chetumal, Cuernavaca, Mérida, Morelia, Nuevo Laredo,
Oaxaca, Puebla, Querétaro, Salamanca, Taxco, Villahermosa, Xalapa,
Zacatecas y Zapopan.

ISTOR

ISTOR Y LA DIVISIÓN DE HISTORIA DEL CIDE
FELICITAN A SU CONSEJERO

Adolfo Castañón

PREMIO XAVIER VILLARRUTIA 2008



CIUDAD DE MÉXICO, ENERO DE 2009

ISTOR

próximos números

Décimo aniversario

NÚMERO 37, VERANO DE 2009:

Colombia

NÚMERO 38, OTOÑO DE 2009:

1809 en el mundo

NÚMERO 39, INVIERNO DE 2009:

50 años del Tratado
del Antártico



ISTOR

año IX, número 36, primavera de 2009, se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2009 en Impresión y Diseño, avenida Río Churubusco 2005, col. El Rodeo, México, D. F. En su formación se utilizaron tipos Caslon 540 Roman de 11 y 8 puntos.

El tiro fue de 1000 ejemplares.